

En Argentina se Invitó a Matar: "Rompan Todo"

En Argentina se Invitó a Matar: "Rompan Todo"

Y Vino la Noche de Temperley

- ★ Once Encapuchados Acataron a "El Caudillo", Revista Apoyada por L. Rega
- ★ Allí Mismo, Tiros en la Nuca o en el Vientre; Destrozos en Diez Cuadras
- ★ El 7 de Septiembre de 1974 "Montoneros" Relataban la Muerte de Aramburu
- ★ Nadie Quiso Destapar al ex Presidente Mientras Cavaban Para Enterrarlo

Por JULIO SCHERER GARCIA

BUENOS AIRES (agosto de 1975).—En Argentina se invitó a matar. Hizo la invitación "El Caudillo", revista semanal apoyada por López Rega sin disimulo, al grado que insertó en sus planas la publicidad del Ministerio de Bienestar Social y de todas sus filiales.

Del odio se hizo la apoteosis. Una forma de plenitud fue el machacamiento del adversario. "El mejor enemigo es el enemigo muerto, porque es así y porque Isabel Perón manda", fue el pregón. La neurosis obsesiva y la patología criminal se unieron en el mismo nudo.

Se puede creer lo ocurrido a condición de tener los documentos en las manos. Porque la violencia aquí conocida es barbarie. Ahora muchos simulan descender del limbo y el ex ministro del Interior, Benítez, aseguró en el Congreso, a principios de mes, que no sabía si la Triple A de López Rega, que mató hasta cansarse, existió o no existió.

Es casi imposible encontrar los documentos que circularon con apoyo del gobierno y el beneplácito de Isabel, a la vista del país entero, mientras veinte periódicos y revistas eran clausurados por sus "alardes de obscenidad" y por sus "incitaciones a la violencia". Pero ni los muertos ni los documentos desaparecen. El rastro queda para siempre y a veces puede darse con él a condición de tener paciencia.

El 19 de marzo de 1975 se publicó el último número de "El Caudillo", en poder de EXCELSIOR. En sus párrafos finales, el editorial explicó:

"Se han acabado los días de las palabras. Ahora vendrán los tiempos de los hechos. La hoja impresa, en tales tiempos, está de más".

Páginas más adelante, se agrega:

"Las palabras son hembras. Los hechos son machos".

Y en ese número, el llamado a los hechos: "Rompan todo".

A toda plana, el fondo negro, las letras blancas, "El Caudillo" invitó a una nueva noche de San Bartolomé:

Hoy toca romper todo.

Las nueve de la noche es buena hora para eso.

Se los convoca a destrozar los reductos enemigos.

Ya verán cuando arda el fuego si es en serio.

Que el fuego se confunda con los gritos, los gritos con la noche, la noche con el humo, el humo con el barrio, las llamas con las llamas.

Seamos el fuego.

El mundo sólo recuerda lo brutal y lo grande.

Seamos esa brutalidad y esa grandeza.

Por cada usurero corriendo despavorido,

Existe un premio prometido.

Fierros de todas clases, que no falten.

Teas

Manoplas

Cadenas

Estopa

Caños

Botellas

e Inflamables, tampoco.

Armas, por supuesto.

Las armas de construcción cercanas proveerán los habituales, los clásicos ladrillos.

Suban las piedras, vuelen. Veloces, vivaces.

Que mil ladrillos planeen el cielo.

Que busque cada uno sus respectivas trizas.

Que todos cumplan su trecho aéreo,

pasando a través de las vidrieras,

derrotando los cristales.

Que los ladrillos tomen la palabra, cesen los males.

Los que se mueran de miedo —sin que nadie los toque—
valen doble.

Se recomienda apilar a las esquinas

las barbaridades contemporáneas que pretenden ocupar
el lugar del arte.

No confundir las piras. No mezclar.

Que haya estilo en eso.

Que cada cosa arda por su lado.

Rige la piedra libre.

(Cuánta humillación a manos de la canalla usuraria.

Cuánto sufrir, hacer sufrir en vano. Cuánto crimen impune.

Cuántas noches en blanco. Cuánto avanzar al descubierto

y cuánto evitar tener que pagar con el honor).

Despleguemos generosos nuestro odio múltiple y
multicolor.

Demos paso a nuestro odio blanco y negro.

Fuego y fuego.

Subamos nuestro odio todo rojo.

Ese odio magistral para sacar mercaderes de los templos,

para que no vuelvan a entrar más en ningún lado.

Hoy la oración será el blandir de las barretas,

será multiplicar las ruinas.

Ellos nos han chupado la sangre

y esquilmado.

Es justo que paguen con la sangre.

Acordonar el barrio. Nadie se va sin previo aviso,
sin posterior permiso.

Se autoriza el saqueo, la requisa, lo que sea.

Los que descubran los negros de los especuladores

pueden usar la opción de tirar de nuevo.

El lugar ya lo conocen: el Barrio de la Usura.

Se agiten mil bastiones, se sangren mil cabezas.

Los libros bastardos se quemán aparte.

Juventudes:

No levantar el cordón de las veredas, no hace falta.

Deben dejar leyendas aclaratorias en las inmediaciones

para que la gente sepa.

Que todo quede devastado. Después emparejaremos.

Nadie tiene derecho a pensar que con esto lo ha hecho
todo.

Esto es un ejercicio espiritual:

romper el Mal.

Sin burlas. Sin palabras.

Con fuego, que con fuego basta.

Cuando amanezca, reunirse en las esquinas.

Vivar la Patria.

Crear canciones de esperanza.

Arreglarse un poco.

Despedirse.

Encolumnarse.

Respirar hondo.

Volver.

Las proclamas del crimen duraron quince meses. En Navidad del año pasado, invocó "El Caudillo":

"Pido a Dios que guíe mi mano para que mi tiro sea certero. Pido a Dios que guíe mi alma para que mi tiro sea sin odio".

LA NOCHE DE TEMPERLEY

Seis días después de "Rompan Todo", Buenos Aires se estremeció:

Trece hombres, once encapuchados, irrumpieron al barrio de San José de Temperley en ocho automóviles blancos. Eran las 23.30 horas cuando llegaron al bar "El Recreo" y gritaron por Héctor Lencina. Se alejaron ametrallándolo todo.

Al llegar a su casa, la arrasaron, cargaron con Lencina y raptaron a una persona que atónita los contemplaba. Se apartaron

entre bombas que hicieron estallar donde fuera.

En la esquina de Calandria y Lules secuestraron a dos jovencitos sin dejar de ametrallarlo todo. Un matrimonio les hizo frente con la debilidad de sus gritos. A ella la mataron; de él se apoderaron. Y allí mismo, los disparos en la nuca o en el vientre, liquidaron a los secuestrados.

Luego juntaron los cadáveres y al lado colocaron explosivos de gran poder. Los cuerpos volaron. El de Lencina cayó sobre un cable de alta tensión que produjo un

LA HORA SEÑALADA

corto circuito. Horas tardó en volver la luz. En una área de diez cuadras quedaron des-
trozados vidrios y cristales.

Fueron vecinos de Temperley:
Gladys Martínez, sirvienta; Guillermo Os-
car Cafaratta, albañil; Héctor Lencina, con-
cejal; Héctor Flores, funcionario público;
Rubén y Alfredo Díaz, de 15 y 17 años, y los
obreros Pablo Gómez y Antonio Baguna.

Ricardo Balbín, tres veces candidato a la
Presidencia de la República, jefe de Unión
Cívica Radical, repitió puntualmente a EX-
CELSIOR la frase que corre por calles y ca-
llejones:

"Se sabe quien muere, rara vez quien
mata".

EL ASESINATO DEL EX PRESIDENTE

Exhibe sus crímenes quien quiere. Con
lujo y alarde si le dan ganas. "Los Monto-
neros" relataron el asesinato del ex Presi-
dente de la República, teniente general Pe-
dro Eugenio Aramburu, igual que si conta-
ran un cuento. Su revista del 7 de septiembre
de 1974, impresa a todo color, en bello con-
traste negro y anaranjado la portada, el
papel de primera, la presentación impecable,
dio cuenta de circunstancias y detalles.

"Era la una y media de la tarde. Esqui-
vando puestos policiales y evitando caminos
transitados, un pick up Gladiator avanzaba
desde hacia cuatro horas a Timote. En la
caja, escondido tras una carga de fardos de
pasto, viajaba el ex fusilador del general
Valle, escoltado por dos jóvenes peronistas.
Lo habían ido a buscar a su propia casa. Lo
habían sacado a pleno día, en pleno centro de
la capital y lo habían detenido en nombre
del pueblo.

"Uno de los jóvenes peronistas tenía a
mano un cuchillo de combate —sigue el re-
lato—. Ante cualquier eventualidad, ante la
posibilidad de una trampa policial, ante la
certeza de no poder escapar de un cerco o
una pinza, iba a eliminarlo. Aunque después
cayeran todos. Así se había decidido desde
el principio. El fusilador tenía que pagar sus
culpas a la justicia del pueblo".

El ex Presidente fue asesinado el 29 de
mayo de 1970. Cuatro años después de su
muerte, la autoexaltación de los narradores
sacudió al país. Pero no hubo estupor. El
gobierno confiscó la revista varias horas
después de que fue puesta a la venta en tres
pesos.

El crimen fue así:
"Mario (Fermínich): El ajusticiamien-
to de Aramburu era un viejo sueño nues-
tro. Concebimos la operación a comien-
zos de 1969. Había de por medio un princi-
pio de justicia popular —la reparación por
los asesinatos de junio del 56—, pero además
queríamos recuperar el cadáver de Evita,
que Aramburu había hecho desaparecer.

Pero hubo que dejar transcurrir el tiem-
po, porque aún no teníamos formado el gru-
po operativo. Entre tanto trabajábamos en
silencio: la ejecución de Aramburu debía sig-
nificar precisamente la aparición pública de
la organización.

A fines del 69 pensamos que ya era posi-
ble encarar el operativo. A los móviles ini-
ciales se había sumado en el transcurso de
ese año la conspiración golpista que amena-
zaba Aramburu para dar una solución de
recambio al régimen militar, debilitando tras
el cordobazo (un estallido popular acallado
en el acto en la ciudad de Córdoba).

Por la importancia política del hecho, por
el significado que atribuíamos a nuestra
propia aparición, fuimos a la operación con
el criterio de todo o nada. El grupo inicial
de Montoneros se juega a cara o ceca en ese
hecho.

Arrostito (Nelly): Toda la "organización"
éramos doce personas, entre las de Buenos
Aires y las de Córdoba. En el operativo ju-
gamos diez.

Lo empezamos a fichar a comienzos del
70, sin mayor información. Para sacar direc-
ciones, nombres, fotos, fuimos a las coleccio-
nes de los diarios, principalmente de La
Prensa. En una revista Fernando encontró

fotos interiores del departamento de la calle
de Montevideo. Esto nos dio una idea de
cómo podían ser las cosas adentro.

Mario: Pero dedicamos el máximo esfuer-
zo al fichaje externo. El edificio donde él
vivía está frente al colegio Champagnat, y
averiguamos que en el primer piso había
una sala de lectura o una biblioteca. Enton-
ces nos colamos, íbamos a leer allí. El que
inauguró el método fue Fernando, que era
bastante desfachatado. Más que leer, mirá-
bamos por la ventana. Nos quedábamos por
periodos cortos, media hora, una hora. Nun-
ca nadie nos preguntó nada.

¿COMO ENTRAR A LA CASA?

Arrostito: Allí lo vimos por vez primera,
de cerca. Solía salir alrededor de las once de
la mañana, a veces antes, a veces después,
a veces no salía. Lo vimos tres veces desde
el Champagnat. Después fichamos desde la
esquina de Santa Fe, en forma rotativa. Lle-
gamos a hacer relevos cada cinco minutos.
Teníamos que hacer así porque en esa esqui-
na había un cabo de consigna, uno rubio,
gordito, y no queríamos llamar la atención.

Mario: A medida que chequeábamos,
fuimos variando el modelo operativo. La pri-
mera idea había sido levantarlo por la calle
cuando salía a caminar. Pensábamos usar
uno de esos autos con cortina en la luneta
y tapar las ventanillas con un traje a cada
lado. Le dimos muchas vueltas a la idea
hasta que la descartamos y resolvimos en-
trar y sacarlo directamente del octavo piso.

Para eso hacía falta una buena "llave".
La mejor excusa era presentarse como ofi-
ciales del ejército. El Gordo Maza y otro
compañero habían sido leceístas, conocían
el comportamiento de los militares. Al Gordo
Maza incluso le gustaba, era bastante milico,
y le empezó a enseñar a Fernando los me-
vimientos y las órdenes. Ensayaban juntos.

Arrostito: Compraron parte de la ropa
en casa Isola, una sastrería militar en la
Avenida de Mayo. Fernando Abal tenía 23
años, Ramus y Firménich 22, Capuano Mar-
tínez 21. Cortándose el pelo pasaban por
colimbas. Así que allí compraron las insig-
nias, las gorras, los pantalones, las medias,
las corbatas. Para comprar algunas cosas
hasta se hicieron pasar por boy scouts. Un
oficial retirado peronista donó su uniforme:
simpatizaba con nosotros, aunque no sabía
para qué lo íbamos a usar. El problema es
que a Fernando le quedaba enorme. Tuve
que hacer de costurera, amoldándoselo al
cuerpo. La gorra la tiramos —era un gor-
rón, le bailaba en la cabeza—, pero usamos
la chaquetilla y las insignias.

Mario: Una cosa que nos llamó la aten-
ción es que Aramburu no tenía custodia,
por lo menos afuera. Después se dijo que
el ministro Imaz se la había retirado pocos
días antes del secuestro, pero no es cierto.
En los cinco meses que estuvimos chequean-
do no vimos custodia externa ni ronda de
patrulleros. Solamente el portero tenía pinta
de cana, un morocho corpulento.

A alguien se le ocurrió: si no tenía cus-
todia ¿por qué no íbamos a ofrecérsela?
Era absurdo, pero esa fue la excusa que
usamos.

Justo en esos días en que la operación
iba tomando forma, a alguien se le ocurrió
arreglar la calle Montevideo, una de esas
reparaciones de luz o de gas que siempre
se están haciendo. Lo cierto es que rom-
pieron media calle, justo del lado de su casa.
Y nosotros teníamos que poner la conten-
ción allí. Era un problema. Pensamos cortar
la calle con uno de esos letreros que dicen
"En Reparación". "Hombres Trabajando",
pero lo descartamos.

Después nos fijamos que el garaje del
Champagnat daba justo frente a la puerta
del edificio, y que en dirección a Charcas
había otro garaje y que allí el pavimento
no estaba roto. Entonces la contención iba
a estar allí: un coche sobre la vereda del
Champagnat, el otro en el garaje.

La planificación final la hicimos en la
casa de Munro, donde vivíamos Capuano
Martínez y yo. Allí pintamos con aerosol la
pick up Chevrolet que iba a servir de con-
tención. La pintamos con guantes, hacíamos
todo con guantes para no dejar impresiones
digitales. No sabíamos mucho sobre el asun-
to, pero por las dudas no dejábamos huellas
ni en los vasos, y en las prácticas llegamos
a limpiar munición por munición con un
trapo.

Arrostito: La casa operativa era la que
alquilábamos Fernando y yo, en Bucarelli
y Ballivian. Allí teníamos un laboratorio
fotográfico. La noche del 28 de mayo, Fer-
nando llamó a Aramburu por teléfono con
un pretexto cualquiera. Aramburu lo trató
bastante mal, le dijo que se dejara de mo-
lestar o algo así. Pero ya sabíamos que
estaba en su casa.

Dentro de Parque Chas dejamos estacio-
nados esa noche los dos autos operativos: la
pick up Chevrolet y un Peugeot 404 blanco
y tres coches más que se iban a necesitar:
una Ranoleta blanca, mía, un taxi Ford Fal-
con que estaba a nombre de Firménich, y
una pick up Gladiator a nombre de la madre
de Ramus.

La mañana del 29 salimos de casa. Dos
compañeros se encargaron de llevar los co-
ches de recambio a los puntos convenidos.
La Ranoleta quedó en Pampa y Figueroa
Alcorta, con un compañero adentro. El taxi
y la Gladiator cerca de Aeroparque, en una
coartada; el taxi cerrado con llave y un
compañero dentro de la Gladiator. En el Peugeot
subieron Capuano Martínez, que iba de cho-
fer, con otro compañero, los dos de civil,
pero con el pelo bien cortito. Y detrás Maza
con uniforme de capitán y Fernando Abal
como teniente primero.

Mario: Ramus manejaba la pick up Che-
vrolet y "La Flaca" (Norma) lo acompañaba
en el asiento de adelante. Detrás íbamos un
compañero disfrazado de cura y yo con
uniforme de cabo de policía.

Arrostito: Yo llevaba una peluca rubia
con claritos y andaba bien vestida y un poco
pintarrajeada. El Peugeot iba adelante, por
Santa Fe. Dobló en Montevideo, entró en
el garaje. Capuano se quedó en el volante y
los otros tres bajaron. Le pidieron permiso
al encargado para estacionar un ratito. Cuan-
do vio los uniformes dijo que sí en seguida.
Salieron caminando a la calle y entraron en
Montevideo 1053.

Nosotros veníamos detrás con la pick-
up. En la esquina de Santa Fe bajé yo y fui
caminando hasta la puerta misma del de-
partamento. Me paré allí. Tenía una pistola.

Mario: Nosotros seguimos hasta la puerta
del Champagnat y estacionamos sobre la
vereda. "El cura" y yo nos bajamos. De-
jamos la puerta abierta con la metralleta sobre el
asiento al alcance de la mano. Había otra
en la caja al alcance de otro compañero.
También llevábamos granadas.

Ese día no ví al cana de la esquina. Mi
preocupación era saber qué hacer si se me
aparecía, ya que era mi "superior", traía un
grado más que yo. Pasaron dos cosas diver-
tidas. Se arrimó un Fiat 600 y el chofer me
pidió permiso para estacionar. Le dije que
no. Quiso discutir. "¿Y por qué la pick up
sí?" "¡Circule!" En eso pasó un celular. Le
hice la venia al chofer y el tipo me contestó
con una venia. Y de golpe, lo increíble. Ha-
bíamos ido allí más bien dispuestos a dejar
el pellejo. Pero no, era Aramburu el que
salía por la puerta de Montevideo. El Gordo
Maza lo llevaba con un brazo por encima,
como palmeándolo, y Fernando lo tomaba
del otro brazo. Caminaban apaciblemente.

**¿QUE HABIA PASADO ADENTRO,
EN LA CASA?**

Adentro...
Sus voces no están, se perdieron en La

...mundo la araspasado el tiempo, en la evocación de sus compañeros.

Un compañero quedó en el séptimo piso, con la puerta del ascensor abierta; en función de apoyo. Fernando y el Gordo subieron un piso más. Tocarón el timbre, rígidos en su postura militar. Fernando un poco más rígido por la "metra" que llevaba bajo el pilotín verde oliva.

Los atendió la mujer del general. No le infundieron dudas: eran oficiales del ejército. Los invitó a pasar, les ofreció café, mientras esperaban que Aramburu terminara de bañarse. Al fin apareció, sonriente, impecablemente vestido. Tomó café con ellos mientras escuchaba complacido el ofrecimiento de custodia que le hacían esos jóvenes militares. A Maza le descubrió en seguida el acento: "Usted es cordobés".

"Sí, mi general". Las cortesías siguieron un par de minutos, mientras el café se enfriaba, y el tiempo también, y los dos muchachos agrandados se paraban y desenferraban y la voz cortante de Fernando dijo: "Mi general, usted viene con nosotros". Así. Sin mayores explicaciones. A las nueve de la mañana. ¿Si se resistía? Lo matábamos allí. Ese era el plan, aunque no quedara ninguno de nosotros vivo.

Afuera... Mario: Pero no, allí estaba, caminando apaciblemente entre el Gordo Maza, que le pasaba el brazo por el hombro, y Fernando que lo empujaba levemente con la metra bajo el pilotín. Seguramente no entendía nada. Debíó creer que alguien se adelantaba al golpe que había planeado, porque todavía no dudaba de que sus captores eran militares. Su mujer había salido. De eso me enteré después, porque no recuerdo haberla visto.

Subieron al Peugeot y arrancaron hacia Chacras, dieron la vuelta hacia El Bajo. Y nosotros detrás. Cerca de la Facultad de Derecho detuvieron al Peugeot y traspasaron a la camioneta nuestra. Capuano, "La Flaca" y otro compañero subieron adelante. Fernando y Maza, con Aramburu, atrás. Allí se encontró por vez primera con "el cura" y conmigo. Debíó parecerle esotérico, un cura y un policía; y el cura que en su presencia empezaba a cambiarse de ropa.

NO DIJO NADA EN EL VIAJE

Se sentó en la rueda de auxilio. No decía nada, tal vez porque no entendía nada. Le tomé la muñeca con fuerza y la sentí floja, entregada. Maza, "el cura", "La Flaca" y otro compañero se bajaron en Pampa y Figueroa Alcorta, llevándose los bolsos con los uniformes y parte de los fierros. Fueron a la casa de un compañero a redactar el comunicado número 1. Quedamos Ramus y Capuano adelante, Aramburu, Fernando y yo detrás. Seguimos hasta el punto donde estaban los otros dos coches. Bajamos. Capuano subió al taxi y nosotros nos dirigimos a la otra pick up, la Gladiator, donde había un compañero.

La Gladiator tenía un toldo y la parte de atrás estaba camuflada con fardos de pasto. Retirando un fardo quedaba una puertita. Por ella entraron Fernando y el otro compañero con Aramburu. Adelante Ramus, que era el dueño legal de la Gladiator, y yo, siempre vestido de policía.

Durante más de un mes habíamos estudiado la ruta directa a Timote sin pasar por ningún puesto policial y por ninguna ciudad importante. Delante iba el taxi conducido por Capuano, abriendo punta. Un par de walkie-talkies aseguraba la comunicación entre él y nosotros. En toda mi vida operativa no recuerdo una vía de escape más sencilla que ésta. Fue un paseo. El único punto que nos preocupaba era la Gral. Paz, pero la pasamos sin problemas: no estaba tan controlada como ahora.

Salimos por Gaona y a partir de allí empezamos a tomar caminos de tierra dentro de la ruta que habíamos diseñado. El río Luján lo cruzamos por un viejo puente de madera, entre Luján y Pilar, por donde no pasa nadie. Si la alarma se hubiera dado en seguida, creo que igual nos hubiéramos

Aramburu no habló en todo el viaje, salvo cuando los compañeros tuvieron que buscar el bídón en la oscuridad. "Aquí está", dijo.

A la una de la tarde la radio empezó a hablar del "presunto secuestro". Ya estábamos a mitad de camino. Serían las cinco y media o las seis cuando llegamos a La Calma, un casco de hacienda que pertenecía a la familia de Ramus. El taxi se volvió a Buenos Aires y nosotros entramos. La primera tarea de Ramus fue distraer la atención de su capataz, el vasco Acébal.

Esto no fue fácil porque la casa de Acébal y el casco de estancia estaban casi pegados y Ramus tuvo que arrinconar al vasco a un costado de la entrada, hablándole de cualquier cosa, mientras Fernando y el otro compañero metían a Aramburu en la casa de los Ramus. Ese compañero estaba tan boleado que bajó con la metra en la mano. Pero Acébal no sintió nada y los únicos que aparecimos frente a él fuimos Ramus y yo, que me había cambiado el uniforme de policía.

LO SENTAMOS EN LA CAMA

Metimos a Aramburu en un dormitorio y allí mismo, esa noche, le iniciamos el juicio. Lo sentamos en una cama y Fernando le dijo:

—General Aramburu, usted está detenido por una organización revolucionaria peronista que lo va a someter a juicio revolucionario.

Recién allí pareció comprender. Pero lo único que dijo fue:

—Bueno. Su actitud era serena. Si estaba nervioso, se dominaba. Fernando lo fotografió así, sentado en la cama, sin saco ni corbata, contra la pared desnuda. Pero las fotos no salieron porque se rompió el rollo a la primera vuelta.

Para el juicio se utilizó un grabador. Fue lento, fatigoso, porque no queríamos presionarlo ni intimidarlo, y él se atuvo a esa ventaja, demorando la respuesta a cada pregunta, contestando "No sé", "De eso no me acuerdo".

El primer cargo que le hicimos fue el fusilamiento del general Valle y los otros patriotas que se alzaron con él el 9 de junio de 1956. Al principio pretendió negar. Dijo que cuando sucedió eso él estaba en Rosario. Le leímos sílaba a sílaba los decretos 10.363 y 10.364, firmados por él, condenando a muerte a los militares sublevados. Le leímos las crónicas de los fusilamientos de civiles en Lanús y José León Suárez. No tenía respuesta. Finalmente reconoció:

"Y bueno, nosotros hicimos una revolución y cualquier revolución fusila a los contrarrevolucionarios".

Le leímos la conferencia de prensa en que el almirante Rojas acusó al general Valle y a los suyos de marxistas y amorales. Exclamó: "¡Pero yo no he dicho eso!" Se le preguntó si, de todos modos, lo compararía. Dijo que no. Se le preguntó si estaba dispuesto a firmar eso. El rostro se le aclaró, quizá porque pensó que la cosa terminaba allí.

"Si era por esto, me lo hubieran pedido en mi casa", dijo, e inmediatamente firmó una declaración en que negaba haber difamado a Valle y los revolucionarios del 56. Esa declaración se mandó a los periódicos y creo que apareció publicada en Clarín.

EVA PERON, PUNTO DE HONOR

El segundo punto del juicio a Aramburu versó sobre el golpe militar que él preparaba y del que nosotros teníamos pruebas. Lo negó terminantemente. Cuando le dimos datos precisos sobre su enlace con un general en actividad, dijo que era "un simple amigo". Sobre esto, frente al grabador, fue imposible sacarle nada. Pero apenas se apagaba el grabador, compartiendo con nosotros una comida o un desayuno, admitía que la situación del régimen no daba para más y que sólo un gobierno de transición, que él se consideraba capacitado para ejercer, podía salvar la situación. Su proyecto era, en definitiva, la integración pacífica del pero-

nismo a los designios de las clases dominantes.

Es posible que las fechas se me confundan, porque los que llevamos el juicio adelante fuimos tres: Fernando, el otro compañero y yo. Ramus iba y venía continuamente a Buenos Aires. De todas maneras creo que el tema de Evita surgió el segundo día del juicio, el 31 de mayo. Lo acusábamos, por supuesto, de haber robado el cadáver. Se paralizó. Por medio de morisquetas y gestos bruscos se negaba a hablar, exigiendo por señas que apagáramos el grabador. Al fin, Fernando lo apagó.

"Sobre ese tema no puedo hablar", dijo Aramburu, "por un problema de honor. Lo único que puedo asegurarles es que ella tiene cristiana sepultura".

Insistimos en saber qué había ocurrido con el cadáver. Dijo que no se acordaba. Después intentó negociar: él se comprometía a hacer aparecer el cadáver en el momento oportuno, bajo palabra de honor. Insistimos. Al fin dijo:

"Tendría que hacer memoria".
"Bueno, haga memoria".

Anochecía. Lo llevamos a otra habitación. Pidió papel y lápiz. Estuvo escribiendo antes de acostarse a dormir. A la mañana siguiente, cuando se despertó, pidió ir al baño. Después encontramos allí unos papeillos rotos, escritos con mano temblorosa.

Volvimos a la habitación del juicio. Lo interrogamos sin grabador. A los tirones contó la historia verdadera: el cadáver de Eva Perón estaba en un cementerio de Roma, con nombre falso, bajo custodia del Vaticano. La documentación vinculada con el robo del cadáver estaba en una caja de seguridad del Banco Central a nombre del coronel Cabanillas. Más que eso no podía decir, porque su honor se lo impedía.

Era ya la noche del primero. Le anunciamos que el tribunal iba a deliberar. Desde ese momento no se le habló más.

"GENERAL, VAMOS A PROCEDER"

Lo atamos a la cama. Preguntó por qué. Le dijimos que no se preocupara. A la madrugada, Fernando le comunicó la sentencia:

—General, el Tribunal lo ha sentenciado a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

Ensayó conmovernos. Habló de la sangre que nosotros, muchachos, íbamos a derramar.

Cuando pasó la media hora lo desamarramos, lo sentamos en la cama y le atamos las manos a la espalda.

Pidió que le atáramos los cordones de los zapatos. Lo hicimos. Preguntó si se podía afeitar. Le dijimos que no había utensilios. Lo llevamos por el pasillo interno de la casa en dirección del sótano. Pidió un confesor. Le dijimos que no podíamos traer un confesor porque las rutas estaban controladas.

"Si no pueden traer un confesor —dijo— ¿cómo van a sacar mi cadáver?"

Avanzó dos o tres pasos más.
"¿Qué va a pasar con mi familia?", preguntó.

Se le dijo que no había nada contra ella, que se le entregarían sus pertenencias.

El sótano era tan viejo como la casa, tenía setenta años. Lo habíamos usado la primera vez en febrero del 69 para enterrar los fusiles expropiados en el Tiro Federal de Córdoba. La escalera se bamboleaba. Tuve que adelantarme para ayudar su descenso.

"Ah, me van a matar en el sótano".

Bajamos. Le pusimos un pañuelo en la boca y lo colocamos contra la pared. El sótano era muy chico y la ejecución debía ser a pistola.

Fernando tomó sobre sí la tarea de ejecutarlo. Para él, el jefe debía asumir siempre la mayor responsabilidad. A mí me mandó arriba a golpear sobre una morsa con una llave para disimular el ruido de los disparos.

"General —dijo Fernando— vamos a proceder".

Fernando disparó la pistola 9 milímetros al pecho. Después hubo dos tiros de gracia, con la misma arma, y uno con una 45. Fernando lo tapó con una manta. Nadie se animó a destaparlos mientras cavábamos el pozo en que íbamos a enterrarlo.